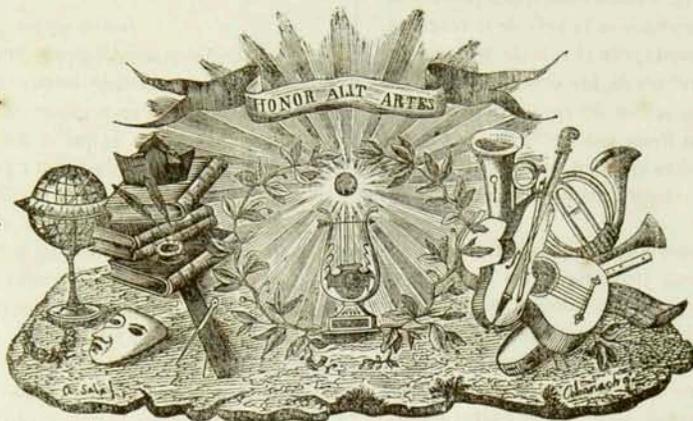


LA VIOLETA DE ORO.

COLABORADORES.

- Sras. Massanés de Gonzalez.
 » Fenolosa de Mañé.
 » Mendoza de Vives.
 » Grassi.
 » Luzaro de Galvez.
 SS. Asquerino, hermanos.
 » Anton y Seron.
 » Balaguer.
 » Bassols.
 » Cánovas del Castillo.
 » Comes.
 » Fargas.



COLABORADORES.

- SS. Gironella.
 » Gassó.
 » Helguero.
 » Illas y Vidal.
 » Llausàs.
 » Mañé y Flaquer.
 » Montemar.
 » Mayolas.
 » Orihuela.
 » Rubió y Ors.
 » Rêles.
 » Saz.
 » Trueta y La Quintana.

PERIODICO DE LA SOCIEDAD FILARMONICA Y LITERARIA.

SE PUBLICAN TRES NUMEROS AL MES.
 EN BARCELONA, UN MES..... 4 RS.
 FUERA DE BARCELONA..... 5 RS.

NUM. 7. — LUNES 1.º DE DICIEMBRE DE 1851.

BARCELONA.

SE SUSCRIBE EN LA LIBRERIA DE MAYOL, CALLE DE FERNANDO VII, Y EN LA SOCIEDAD FILARMONICA, RAMBLA.

ANTIGUOS Y MODERNOS

POR

D. ANTONIO DE GIRONELLA.

(CONTINUACION.)

El Taso que para nosotros es incomparablemente el primero, el mas sublime de todos los genios modernos, por una merced especial de su organizacion portentosa, no cesa de crear al tiempo mismo que, sin sentirlo, obedece al impulso de la imitacion. Siempre se hallan en él el estro de Homero y el alma de Virgilio. Su Reinaldo en parangon del hijo de Tetis no es un ser mortal salido del seno de una Diosa; Godofredo está lejos del magnánimo Hector; pero cuanto supera en todo y por todo al piadoso Eneas! Virgilio tuvo una inspiracion esquisita al dar nueva vida al heroe troyano y llevarle, bajo otro nombre, al pináculo de la Epopeya; pero no le fué dado sostener esta idea sublime, y en su mano el rayo Homérico se amortiguó. El Taso, heredero de un pensamiento tan elevado, le desarrolló con toda la independencia y el calor de una creacion espontánea. Virgilio puso el modelo delante de sí, le quiso seguir paso á

paso y lo sacó mal; Torquato le miró una vez, y la sola pira de su imaginacion ardiente bastó al sublime trasto. He aqui toda su imitacion. Pero donde pudo hallar á Soliman, á Tancredo, á Argante mas terrible aun que Ayace; á Clorinda mas tierna que Camila ó Pantasi-lea? Y Herminia, esa incomparable mezcla de modestia y sensibilidad, donde pudo hallarla? Quien le enseñó á Armida, conjunto, antitesis espantosa de orgullo y de abyeccion? Nuevas costumbres, distintas creencias, una Religion diferente le abrieron un manantial de bellezas que solo el Dante habia columbrado antes que él.

Ese Dante, que desfiguró el Gomo con tantas monstruosidades, tiene sin embargo destellos magnificos que superan todo lo antiguo, en el cual, ni en lo moderno se puede hallar un episodio comparable al de *Ugolino*, ni un toque haga encoger el alma como el: *allor pur che il dolor puote il diggiuno*. Además, y este es el lauro del valor cívico, particularmente atendida la época, el Dante ha azotado sin miedo todos los vicios, sin reparo hasta para con los que la triple corona queria cobijar, mientras Virgilio trazaba el apoteosis de Augusto. Dante no es un autor épico; es una esentricidad estraña que con sus inconcebibles destellos ha hecho brotar la mas sublime epopeya de nuestros dias.

Milton amolda su genio al de sus ángeles, y por con-



siguiente tan pronto es sublime como el Cielo ó bajo y abyecto como el infierno. Jamás poeta alguno ha ofrecido tan lamentables desigualdades. Los cielos que creó dejan el Olimpo de Homero descolorido; su infierno es tan sublimemente espantoso como su Cielo es divino; pero su *Pandemonio*, ó palacio de Luzbel, tan opulento de creación en su principio, concluye siendo la vergüenza del ingenio humano. Que es la Cueva de Dido puesta en cotejo del Eden de Adán y Eva, y sobre todo, quién podrá comparar á Prometeo encadenado en la peña de la venganza, muriendo placenteramente, con el rebelde árcangel que todavía lleva en sí el relente de los destellos del sol celeste, y que, entre los surcos del rayo divino, muestra esculpida en su adusta frente una huella de la magestad de los Cielos, la grandeza entre los tintes de la humillación, la rabia, la desesperación con la pertinacia del odio mas implacable?

Asimismo el Adamastor de la *Luisiada* tiene una sublimidad que no puede atribuirse á los Polifemos de Homero y de Virgilio, y el delicadísimo episodio de la Inés de Castro unas lágrimas que ninguna otra leyenda arranca con tal naturalidad. Así es como, de época en época, los Poetas, con el auxilio imperceptible del recuerdo de sus antecesores, saben hallar nuevas inspiraciones. Si Voltaire hubiese sacado las suyas de Homero en vez de pedirselas á Virgilio, sin duda seducido por lo correcto de su estilo, su poética historia del héroe Bearnés no fuera una creación tan estrecha, ni tampoco épica que casi no puede colocarse mas, á pesar de muchas sublimes bellezas parciales, que en la clase de la mas poética de todas las narraciones. Todavía mucho mas razonablemente se puede dirigir la misma inculación á nuestro *Ercilla* que cuenta, friamente y sin estro alguno, pero con hermosísimos versos, un insignificante episodio de una cosa inmensa, que si se hubiese inspirado en ella le hubiera podido llevar al pináculo de lo mas sublime.

Aunque tampoco sirva para el contraste con la antigüedad, que, para nosotros, solo inclina la frente ante el Cisne de Sorrento, la justicia no permite olvidar al contemporáneo y cuasi aun desconocido Klopstock. Las inspiraciones de la *Mesiada* son de un genio elevado, y hay toques de pintura y de elocuencia que no se encuentran en literatura alguna. La respuesta de María, que, cuando Porcia quiere devolverla la esperanza, esclama: *mi hijo quiere morir y... muere*; la agonía de Jesús; la mezcla de lo humano con lo divino en aquel sublime instante; la compasión del Angel Eloa, son pinceladas de un Rafael. Ciertamente, el cantor alemán ha hallado las llagas del Redentor ostentadas para la salvación del género humano en el Hector de Virgilio mostrando sus heridas á los pies del muro de Troya; pero Jesucristo llevando las huellas de su sufrimiento hasta en la región divina, es mucho mas ideal y patético que el hijo de Priamo rasgado por la lanza de Aquiles.

(Se continuará.)

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR

D. FELIX MARIA FALGUERA,
EN LA SOLEMNE ABERTURA DE LAS CATEDRAS

de la Sociedad Filarmónica y Literaria, verificada
en 4 de mayo de este año.

(CONTINUACION.)

La música instrumental esige mucha espontaneidad, momentos felices, dias de inspiración que en vano el compositor esperaria en ocasiones dadas. La de baile siquiera goza la ventaja de que el autor puede escitar su fantasía con la idea de un festín, puede transportar su imaginación en medio de una multitud de sensaciones: las galas, la belleza, los ricos atavíos, mil parejas rivales en amor y hermosura, inundadas por oleajes de armonía y empujadas por la fuerza magnética del ritmo musical, dando vueltas y revueltas por entre mares de luz y de aroma, pueden ofrecer vasto campo, ardiente incentivo al compositor para arrancar á su genio esas ideas brillantes, seductoras que esparcen por do quier el entusiasmo y la agitación. Pero el que se propone escribir una sinfonía ¿á donde irá á buscar sus inspiraciones? que tiene delante ó dentro de sí que le mueva ó que le escite? Nada mas, Señores, que la fecundidad de su ingenio.

Hasta aqui todo cuanto hemos dicho de la música no se dirige mas que á complacer al oído que es el objeto de la gramática. Entremos ahora en la parte mas noble del lenguaje musical, á la vez que mas desatendida: la *filosofía*. A ella pertenece la propiedad en el modo de escribir en cuanto al compositor, en el modo de decir con respeto al cantante. Su fundamento la verdad: su resultado la expresión exacta y veráz de las ideas del lenguaje articulado. Mucho debemos lamentar el descuido en que yace esta parte de la filosofía que comprende propiamente hablando la lógica de la música, pues trata de convencer al entendimiento de la realidad de la situación que describe. Mal podrá conseguirlo aquel que la presenta con colores opuestos á los que deben vestirla. Si el compositor espresa por medio de alegres y estrepitosas armonías el dolor de una madre que lamenta la ausencia de su hijo, si usa la música patética en una entrada triunfal, si se vale de un *prestissimo* en la plegaria del anacoreta, ó del *largo* al trazar los celos y la desesperación de la esposa, con razón diremos que falta en su obra la filosofía. Y obedece sus leyes el actor lírico que canta un paso de furor á media voz, ó un andante apasionado á voz en grito, ó recarga de fastidiosos adornos una situación patética? ¿Cuántos cantantes aun de los que pasan por buenos artistas se hallan en un lamentable atraso respecto á la filosofía de la música!

El canto tiene dos clases de expresión: la una material, mecánica de los acentos musicales con las inflexiones que el buen gusto ha hecho necesarias para que sea

grata al oído. En esta clase de expresión entran las acentuaciones prosódicas, los pianos y fuertes que dimanán de las frases melódicas independientes de la letra, las diferentes gradaciones de la voz ó sea las alternativas del claro-oscuro, la buena pronunciación de las palabras, en suma todas las reglas llamadas de *bel canto* que se aprenden en las clases destinadas á esta enseñanza: su único objeto es agrandar al oído: en cuanto á ella se considera al cantor como un instrumento de viento, (1) y se le enseñan los medios de sacar mejor partido de su voz, de perfeccionarla, estenderla, robustecerla, modular con gracia y adquirir facilidad en la ejecución. Para esto el principal recurso de los cantores que desean progresar son los ejercicios de vocalización en que se prescinde de la letra, porque para el estudio mecánico no se busca otro juez mas que el oído, y no se toman en cuenta las pasiones que tratan de escitarse. Este es el fin de la prosodia musical de que se ha hablado con anterioridad.

La otra clase de expresión es la del sentimiento, la mas difícil de enseñar á quien verdaderamente no siente, poco sujeta á reglas teóricas, pero cuya demostración práctica no debiera sin embargo descuidarse en las escuelas de canto. Esta expresión es peculiar al hombre y distingue el canto humano del de un instrumento cualquiera. En ella toma parte todo el individuo, y considerada en un actor lírico está basada en la filosofía, perfeccionada por la oratoria, y completada por la declamación. Bajo este aspecto, la constituyen en su totalidad la fuerza y tono de sentimiento con que se pronuncian las palabras, la gesticulación, la acción, la posición del cuerpo, y todo lo que en oratoria se llama lenguaje de acción. Es verdad que hay personas que prefieren la expresión material del canto á la sentimental, pero esto depende de las diferencias que la organización establece entre los hombres. El que esté dotado de buen oído pero de sensibilidad poco exquisita preferirá la expresión melódica: el que posea un corazón sensible buscará la expresión sentimental: aquel mirará la música como un medio de alhagar sus sentidos: este se procurará con ella conmociones fuertes ó escitaciones variadas. El primero no conoce la música sino incompletamente porque su organización no le permite apreciar sus calidades primarias: el segundo es el que penetra en su fondo, y experimenta de lleno su misterioso influjo.

Para poseer la expresión del sentimiento es necesario sentir, y nada contribuye tanto á ello como el estar dotado de un temperamento favorable que lo es particularmente el nervioso. El tono sentimental añade á la expresión melódica la energía que le falta: sin variar las inflexiones y gradaciones de la voz requeridas por la melodía, pueden pronunciarse las palabras con suavidad ó dureza, con acento de ternura, de ira, de desesperación, de dolor, de languidez, con semblante risueño, irónico, altivo, airado, acompañadas de suspiros ó sollozos, entrecortadas, etc.,

(1) Los instrumentos son también susceptibles de esta expresión gramatical.

y para calcular el modo con que deberán traducirse es indispensable penetrarse del sentido y fuerza de la letra. A veces al aplicarla se ha de modificar el colorido que exige la melodía para no desvirtuar con él la expresión natural y filosófica de las palabras. Si estas reglas fuesen respetadas, como debieran serlo, no hubiéramos oído hace poco en boca de un cantante tenido por buen artista un andante de Bellini cuya letra era el sencillo relato de hechos familiares, dicho con ese colorido escaerado que algunos llegan á adquirir viciosamente en las escuelas de canto. Cuando en los Conservatorios se prescindiera algo mas de la parte material y se cultivara con esmero la filosófica, familiarizando á los alumnos en el arte del buen decir, enseñándoles la propiedad y la expresión de los sentimientos, y no permitiéndoles salir á la escena hasta tener completada su educación artística, tendríamos actores por punto general mas aventajados.

(Se continuará.)

Véase pag. 58.



NOVELA.

La muerte de dos grandes artistas.

Se puede hacer un estudio particular, me dijo el otro día Lord Bennet, al reflexionar como han acabado los grandes genios cuyos nombres han sido la gloria de su siglo. Se presenta á la filosofía un vasto y profundo asunto al considerar la muerte, sorprendiendo á estos hombres en medio de sus mas grandes y mas sublimes inspiraciones, como si el cielo, celoso de la tierra, la arrebatase con placer una de sus mas encantadoras dichas; sus torrentes de melodía, sus cantos tan armoniosos; testigos de esta verdad Haydn y Mozart. — Es verdad, Milord, que habeis tratado á Haydn con intinuidad. — Par diez, amigo mio, como á vos mismo. Vino á visitar nuestra vieja Albion en 1805; entrad en ese gabinete, mirad, ahí teneis su busto. — Coronado de laureles, dije con sorpresa ¿era alemán y le colocais en el rango de vuestros mas célebres compatriotas? — Era un inglés, respondió Lord Bennet, porque entre nosotros fué en donde encontró sus mas bellas inspiraciones, donde compuso sus cantos escoceses que serán para siempre la admiración de los músicos. — Es verdad, repliqué. — ¡Oh! amigo mio, si hubieseis como yo podido ver á Haydn ponerse á trabajar.... era una escena singular. No se parecia en nada á esos compositores que trabajan en desaliñado traje y con gorro de dormir. Haydn, antes de empezar su trabajo, se hacia vestir, se ponía una camisa de pechera, un vestido magnífico, un alfiler de diamantes en la corbata y en el dedo una preciosa sortija que Federico II le habia regalado. Entonces vestido de ceremonia se sentaba al clave y allí se dejaba arrebatar de su genio. — ¿Y cómo murió? — ¡Oh! es una historia particular, respondió mi narrador. En 1805 ya se le habia creído muerto, y el instituto de Francia del que era socio corresponsal hizo celebrar una misa en sus honras. « Si estos señores me lo hubieran advertido, dijo Haydn, al saber esta noticia, hubiera ido yo mismo á llevar el compás de esta hermosa misa de Mozart, cantada por el reposo de mi alma. » La penúltima vez que le vi fué en Viena. El hijo y la viuda de Mozart daban un concierto en el teatro de Weyden para celebrar el día de su nacimiento. Se puso en escena la creación: ciento sesenta músicos componían la orquesta; tres eminentes artistas, Weit-Mayer, Bodechi y Mad. Frescher cantaban la partitura. El pobre Haydn casi moribundo quiso ver esta fiesta lírica consagrada á su nombre, dada en su honor. Se le

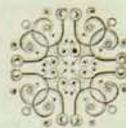


llevó en un sillón... al pobre anciano, al inmortal compositor, y se anunció su llegada al son de orquesta; la princesa de Estetzahy con todas las damas de la aristocracia salieron á su encuentro, y repetidos saludos de *bravo* resonaron á su entrada. El director de orquesta, Saliery, antes de dar la señal, puso una rodilla en tierra delante de Haydn, y le dijo, Maestro, espero vuestras órdenes. Saliery, respondió Haydn, inundado de lágrimas, os mando... abrazar á vuestro viejo compañero. Los dos músicos se arrojaron uno en brazos del otro; hubo durante este concierto un incidente que prueba hasta que punto saben honrar al genio los vieneses. El médico de Haydn percibió que sus piernas estaban frías y poco abrigadas, *esperad, esperad*, se le gritó por todas partes, y en un instante todas aquellas mugeres encantadoras que habian ido allí para aplaudir al viejo compositor, se despojaron de sus mas bellos chales, de sus mas hermosas paletinas, para reanimar las fuerzas del querido anciano ¡escena sublime! escena tierna en la que todos pagamos un tributo de sensibilidad confundiendo nuestras puras lágrimas; allí le vi llevado en triunfo al concluir la representación: hizo parar á sus conductores al pasar por delante de la orquesta y estendiendo sus trémulos brazos sobre los músicos, dijo con un acento sublime: ¡Que Dios os bendiga siempre mis queridos hijos! Esta fué la última vez que le vi vivo; cuando le volví á encontrar, solo vi ya un cadáver.

— Y es verdad Milord, que el autor de la creación murió violentamente? — Sí, respondió el inglés: el estampido del cañon francés aceleró su fin. El ejército de Napoleon estaba en Shæbrun á un cuarto de legua del jardín de Haydn. Se tiraron mil y quinientos cañonazos á la ciudad de Viena, á quien el viejo músico amaba tanto: Haydn agitado por la fiebre vió las paredes de su casa horadadas por el obús. Se levantó de la cama sin escuchar los ruegos de los que le cuidaban corrió á su piano y se puso á cantar improvisando: *Oh, Dios, salvad á Francisco, emperador de Alemania.* Este fué el canto del cisne y mientras el ángel protector del genio arrebataba aquella alma sublime á los cielos, sus dedos helados cayendo sobre las teclas, aun las hacian resonar con armonías celestiales. — Vuestra relacion me hace daño, dije yo, ese gran hombre murió de un modo afrentoso! — Oh no! respondió Lord Bennet: Haydn ha muerto gloriosamente, ha espirado con la libertad de su pais, y ha sido enterrado entre los fúnebres crespones de su enlutada patria. Que direis entonces de Mozart? — Mozart! sabéis tambien la historia de sus últimos momentos? — Sí: este gran músico se volvió loco.... su *D. Juan* le hirió de muerte.... Mozart veia siempre delante de sí al diablo que tragaba al vicioso amo de Leoporello.... Mozart, dotado de principios religiosos, no se perdonó nunca el haber hecho aparecer en la escena á un muerto, el fantasma del comendador: esto me acarreará una desgracia, decia á Constanza Webber, su esposa: sus aprensiones se realizaron muy presto. Mozart se volvió mas melancólico que nunca: *bien pronto vendrán á decirme que deje este mundo.*

Una tarde un desconocido vestido de negro se presentó en su casa: su semblante era severo, su mirada altanera: se leia en su rostro un no sé que de cruel, de insensible. — Quereis hacerme un requiem? dijo al artista. — Un requiem! y para quien? — Que os importa? alguno ha de morir.... necesito un requiem; qué precio le poneis? — Cien ducados y cuatro semanas, dijo Mozart pálido y despavorido. El desconocido dejó cien ducados sobre la mesa y se fué. Mozart cogió entonces su pluma y escribió; era el último adios á la vida, porque este requiem, este canto de muerte podia ser para él.... quizá lo concluiría apenas para sus honras fúnebres: trabajó en él todo un mes: el extranjero volvió pero el requiem no estaba concluido. — Si aun necesitáis mas tiempo os concedo otras cuatro semanas, dijo al pobre enfermo, y aceptad además estos cincuenta ducados como una gratificación.... y el hombre misterioso huyó. — Oh! dijo Mozart corred, alcanzad á ese hombre é indagad su nombre: un criado corrió detras del extranjero pero este habia desaparecido. — Es el diablo, dijo Mozart, que viene á buscar mi alma. Constanza amiga mia, pon á parte esos ciento cincuenta ducados que son un regalo del demonio: se los darás á los pobres. Y Mozart volvió á su requiem: lo compuso llorando y rogando á Dios, conjurando al ángel de la muerte que creía ver continuamente á su lado: cuatro semanas despues cuando el incógnito volvió, el requiem estaba concluido, pero Mozart.... no existia. — Milord, dije entonces á mi interlocutor, habeis crispado horriblemente mis nervios: vaya una locura referirme todo esto en una noche tan tétrica, tan oscura y cuando la leña parece que gime en el hogar: no me atrevo á volver la cabeza.... tengo miedo, no vea al diablo con su risa satánica detras de mí. — En ese caso dijo Lord Bennet sonriéndose, para desechar vuestro espanto, be-

bed un par de vasos de este vino de Andalucía, y despues si se os aparece el diablo, al menos no le vereis los cuernos.



POESIA.

EL DOLOR DE UNA MADRE

COMPOSICION

QUE A LA MEMORIA DE LA NIÑA D.^a JOAQUINA MARIN Y CARRONELL, DEDICA EN NOMBRE DE SU AFLIGIDA MADRE

D.^a JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

Ven muerte tan escondida
Que no te sienta venir
Porque el placer de morir
No me torne á dar la vida.

Alejad de mí el consuelo,
Que en tan justo frenesi
El morir solo es mi anhelo,
Y el vivir es para mí
Un don funesto del Cielo.
¿No veis mi pena angustiosa?
¿Por que humana tiranía
Quereis que viva llorosa
Sin la cándida hija mia,
Que en el sepulcro reposa?
¿La visteis? ¿era tan bella!
¿De sus ojos seductores
Visteis la viva centella,
Que eclipsaba los fulgores
De la vespertina estrella?
Placer del alma cansada
Era su risa graciosa,
Y fiesta de mi morada
La paloma candorosa
Dentro mi seno anidada.
Del robusto datilero
Menos flexible es la rama,
Y el guiguerillo parlero,
Y frangante la retama,
Que mi perdido lucero.
Astro fué de bienandanza,
Columna dó un padre amante
Cimentaba su esperanza,
Iris perenne y brillante
De la conyugal bonanza.
Era una rosa cerrada,
Ilusion dichosa en flor
Con mi sangre fecundada,
A la sombra de mi amor
Protejida y arraigada.
¡Ay! volvédmela, Dios mio,
¿No veis que en mi dolor loco
Noche y día desvario
Y vuestras iras provoco
Con reconvenir impio?.....
¿Oh si un ser humano hubiera
Que la volviese á la vida!
Yo su abyecta esclava fuera
Y siempre, siempre rendida

De rodillas le sirviera.
 Mas ¿que falsa idea es esa
 A la que mi razon cede?
 Nadie, sino Dios, la presa
 A la tumba arrancar puede
 Y devolvérsela ilesa.
 ¡Y en mi ciego frenesí
 Intentan darme consuelo!
 ¡Hija! ¿consuelo sin tí?
 Quien lo intente, deme el cielo
 Pues mi consuelo está allí.
 Sin tí el mundo es, amor mio,
 Mar en borrasca deshecho,
 Mi seno, desierto frio.....
 Los brazos cruza en el pecho
 Y encuentro solo el vacío.
 A impulso de mi dolor,
 El corazón resta yerto
 Dentro el pecho sin vigor,
 Como yace el feto muerto
 Dentro un seno sin calor.
 Y en mi voluntad inerte
 Arman pugna embravecida
 Mis hijos, de estraña suerte,
 Los vivos me dan la vida
 Tu, linada me das muerte.
 Por que si morir hubiera
 Y dejar abandonados
 A tus hermanos debiera,
 La fuerza de estos cuidados
 A la vida me volviera.
 Y si fuese la existencia
 Quien quedase victoriosa,
 Con la ruda competencia
 De m. pena tormentosa
 Sucumbiera á la violencia.
 ¡Haced, cielos, compasion
 De la liera desventura
 Que origina mi afliccion!
 Dulcificad la amargura
 Del materno corazón.
 Vos Señor clemente y santo
 Perdonad el desenfreno
 De mi locura y mi llanto,
 Y devolvedme Dios bueno,
 A la que yo amaba tanto.
 Do quier percibo á la hermosa,
 En la esencia de la flor,
 Entre el aura vaporosa,
 O en el jiro bullidor
 De la blanca mariposa.
 Mas ¡ay! deseo insensato!
 ¡Pobre corazón! destierra
 El recuerdo dulce y grato
 Que en paraiso la tierra
 Convirtió por breve rato!
 Perla sin mancha, escojida
 Entre las joyas de Dios,
 Aboga con El, querida,
 Que de tí vaya yo en pos
 A gozar de eterna vida.

REVISTA TEATRAL.

El público y la empresa. — *Alza y baja, comedia en un acto de don Luis de Olona.* —

Quitad á un niño el objeto que tenga mas en estima y le vereis patear, desgredarse, gritar y derramar copiosas lágrimas; su corazón henchido de amargura solo respi-

rá cólera y encono. Permaneced indiferentes á esas demostraciones de desesperacion, y bien pronto á la tempestad levantada en su corazón sucederá la calma; bien pronto vereis que las lágrimas se secan en sus mejillas, que sus convulsiones cesan y que los gritos quedan ahogados en su garganta; entonces enseñadle un dulce, á su vista se calmará completamente el frenesí del niño y sonreirá contento.... rozádselo por los labios y de rodillas os lo pedirá; dádselo á comer y entonces recibireis de él las mas espléndidas demostraciones de júbilo y gratitud.

Así es el público: travieso, bullicioso.... pero que se doblega ante la mano de la esplotacion con toda la inocencia de un niño.

La empresa de nuestros teatros sin duda alguna comprende la verdad de esa semejanza entre el público y el niño. Así, ofrecióle *diversiones*; hizole pagar por adelantado los goces que le preparaba en la escena; él acudió y en vez de diversiones encontró martirios, en vez de goces hastío.

El público viéndose entonces víctima se desata en estuendas imprecaciones, las amenazas mas terribles salen de sus labios y jura vengarse lanzando á los verdugos de su buen gusto musical y literario á la execracion del mundo. La empresa firme, constante en sus proyectos, contempla impávida las demostraciones revolucionarias de su víctima; poco le importan los silvidos, poco que la prima donna acabe de perder la voz no ganando para sustos; poco que el barítono saque los pulmones en desacordes cantos; poco que el tenor luzca su figura en medio de una salva de risas; comprende perfectamente el corazón del público-niño: tras el odio viene el amor, — dice — tras la tempestad la calma, tras el frenesí el sosiego. — El público grita por que paga y no se divierte. Pues bien! él callará y seguirá pagando.

Efectivamente, los gritos se cambian en murmullos, las injurias en despecho, y el furor se pierde entre los elogios prodigados por los padrinos del matrimonio teatral.

Entonces la empresa presenta al público un panorama magnífico y deslumbrador, donde viendo correr el caudaloso Mississippi pierde la vista y la cabeza... El público se entusiasma viendo tanta agua, tanta luz, tanta belleza óptica y prorrumpe en nutridos aplausos. La empresa entonces agita las palmas gritando: «Bien! bravo! el niño se comió el dulce, el público-niño es un manso cordero que deja la lana al que le sabe esquilarse».

Ya el público escucha con religioso silencio «Luisa Miller» «El Conrado de Altamura y la Linda» prodigando aplausos espontáneos á los sucesores de las Giulis y Tamberliks, en el final del Hernani. El público ya no invita á los poetas á escribir epitalios á los teatros; nada de eso! Oye con gran delicia «El Payo centinela» «La vuelta de Estanislao» y algunas piezas traducidas.

El público fascinado con las transparentes aguas del Mississippi, toma lo que le dan y dá lo que le piden.



Esto sería digno de alabanza si no trajese consecuencias lamentables.

La empresa actual procurará suprimir actores y aumentar los precios y las venideras, aunque no sea más que por imitación, harán lo mismo haciéndose la reflexión siguiente: si con malas compañías los teatros están llenos, con buenas estarán vacíos, según la ley de las compensaciones. Nuestros coliseos en tanto permanecerán en el más vergonzoso y degradante estado.

Estamos convencidos de que todo cuanto digamos será predicar en desierto y así pasaremos á ocuparnos de una de las comedias que más aplausos ha merecido del público. Esta es «Alza y baja».

Nosotros que al esplanar nuestras ideas generales sobre la literatura dramática dijimos: — El teatro es el panorama donde se presentan las costumbres de los pueblos y donde se deben presentar sus virtudes para ennoblecerlas y sus vicios para corregirlos » no podemos recibir sin repugnancia la comedia «Alza y baja» á pesar de los elogios de los críticos y los aplausos del público.

La comedia Alza y baja no es moral y desfigura nuestras costumbres. No llena por consiguiente los dos principales requisitos que debe tener toda producción dramática.

Este es su argumento: una marquesa joven, viuda, hermosa, sensual y festiva, que desea por esposo á un hombre altivo, osado, fiero, esto es, á un semi-tigre; y una joven llamada Emilia, linda, que acaba de salir de un colegio en donde si bien no aprendió á ser una gran mujer, aprendió á ser una gran coqueta, viven juntas.

La marquesa tiene relaciones amorosas con un tal Ricardo, joven á quien ella llama tímido y corto sin embargo de no tener cortedad ni timidez alguna.

Recibe una carta un día en la que Ricardo le participa tendrá el honor de presentarle al Barón de Olmillo. Emilia al oír pronunciar este nombre se sobresalta diciendo á la Marquesa que el tal Barón vestido de mujer penetró una noche en el colegio en que estaba; le dió un beso y que le reconoció por sus grandes vigotes. — Entonces á la marquesa se le ocurre la peregrina idea de aconsejarla se vista de lacayo para darle una sorpresa. Presentase Ricardo acompañando al Barón el cual es hombre divertido, que confiesa y jura haber besado tres mil mujeres y que odia el matrimonio con todo su corazón por ser una de las instituciones más detestables — Máxima moral puesta en boca de un actor! La Marquesa al ver al Barón, cree ver en él al ser que se había forjado en sus sueños dorados, al tigre-hombre que tanto anhelara encontrar y en dos minutos se enamora ciegamente de él. El Barón por su parte nota en la viudita una mano deliciosa, unas espaldas alabastrinas y unos ojos hechiceros...

Siente como por encanto desprenderse de su cerebro el cúmulo de argumentos y máximas que confeccionara contra el matrimonio. No hay que dudar; en un saludo quedan ambos presos por los lazos de Cupido.

Ricardo en tanto se desespera, pues la Marquesa olvida su amor; pero conociendo en la figura del lacayo, — Emilia — á la joven que viera en un colegio y á la cual idolatrara con solo haberla visto una vez, tiene á bien dar al olvido el amor que profesara á la Marquesa.

Pero Ricardo duda que el lacayo sea Emilia y esto da lugar á una escena entre él y el Barón, en la que se discute si será hombre ó mujer el bellissimo joven. ¡Sublime investigación para presentarse á los ojos de un público naturalmente malicioso!

En fin, tras algunas alternativas, que son las que forman el alza y baja, en que el Barón lucha entre el amor y la repugnancia que tiene al matrimonio, acaban por entenderse los cuatro y se casan la Marquesa con el Barón y Emilia con Ricardo.

Por la exposición que hemos hecho del argumento se comprende la inmoralidad, la inverosimilitud y la falta de propiedad en los caracteres de esta comedia. Cualquiera que conozca nuestras costumbres, reprobará que una joven acabada de salir de un colegio, que debe conservar toda la timidez propia de quince años, se vista de lacayo y se ponga aun cuando sea por una broma al servicio de un hombre libertino como es el Barón; que ande todo un día con ese disfraz y reciba algunas caricias del Barón, las que ofenderían naturalmente el pudor de toda joven bien educada.

Esto podrá concebirse que lo haga en Francia una de esas llamadas grisetas, pero no una señorita española.

También no podrá menos de reprobar aquel que conozca la etiqueta de las personas de la alta sociedad, que el Barón y Ricardo entren, salgan, alboroten y griten en casa de una Marquesa á la cual el Barón nunca ha visitado; y el que medien ciertas frases entre estos últimos no muy propias, no muy finas, no muy decorosas..... Recordamos entre otras esta, dicha por la Marquesa al Barón con tono malicioso; «Yo no tiro el abanico más que una vez»

Alza y baja á pesar de los inmensos lunares que tiene, como hemos manifestado, ha gustado extraordinariamente. No dejamos de reconocer que tiene efectos sorprendentes, que hay mucho movimiento en la escena, que el diálogo es graciosísimo y que sobre todo tiene situaciones muy felices. Como obra literaria es defectuosísima, como obra destinada á agradar á un público que quiere reír es lindísima. Sin embargo, nosotros aun cuando nuestra opinión difiera de todas, siempre reprobaremos esta clase de producciones sacadas de la escuela francesa. En esa nación á medida que la moderna civilización ha ido tendiendo el vuelo, á medida que los tronos han ido cayendo al soplo de la revolución, y que la religión ha tomado distintas formas, la libertad ha adelantado; pero la inmoralidad se ha quitado la máscara que la pasada civilización le obligara á guardar.

En ese país la licencia y el libertinaje se presentan con más desnudez que en España. Y como hemos dicho antes — que el teatro es el panorama donde se presentan las

costumbres de los pueblos—en la escena francesa se representan producciones dramáticas que la moral de allí consiente, mientras que en España serian reprobadas. La Señora Duclós desempeñó el papel de Marquesa admirablemente; comprendió bien el carácter de una viuda liviana, ardiente y seductora.

La Señorita Espinosa está lindísima vestida con el traje de lacayo. El Sr. García Muñoz sostuvo muy bien su papel; notamos hablaba con naturalidad y sus maneras eran mas sueltas de lo que acostumbra.

El Sr. Parreño estuvo bastante feliz; pero le aconsejamos se ciña mas á su papel, no levante tanto la voz y que por agradar á un público al cual ha caído en gracia, no pierda las buenas dotes que tiene como artista.— Si saliera de Barcelona tal vez ciertos amaneramientos que ahora le producen aplausos le costarian una completa reprobación del público.

Fernando de Anton y Seron.



SALONES.

No es verdad, amigas mías, que seria muy duro aprieto el en que se pondria á un escritor del Japon, si su emperador le mandase, só pena de muerte, describir con todos sus detalles, una corrida de toros, tal como en nuestro pais se verifica? Pues en igual apuro, exceptuando empero lo del ajusticiamiento, me veria yo, desdichada muger, si el director de «La Violeta», se obstinase en eesijirme una revista de salones; lo que no hará seguramente, porque, sobre ser en extremo galante, está plenamente convencido de la imposibilidad en que me hallaria de complacerle á no recurrir á ficciones que hastían por lo gastadas.

A no ser por la brillante reunion con que noches pasadas nos obsequiaron los galantes socios del Círculo en sus lujosos salones, en la que, como de costumbre, reinó la mas sincera cordialidad y la mas esquisita finura, la semana hubiera transcurrido silenciosa y monótona, como monótonas y silenciosas transcurren las lentas horas del aterido invierno, en las interminables noches de fatigoso insomnio.

La Sociedad Filarmónica que pudiera haberme prestado materia para un largo artículo, en justo elogio de alguna de esas escogidas funciones con que de vez en cuando suele favorecernos, esclusivamente ocupada en asuntos interiores, tiene momentáneamente suspendidos sus trabajos artísticos, y por lo tanto nada que de contar sea digno me es posible decir de ella. Pero me consta que, resueltas de un modo satisfactorio algunas dificultades que estuvieron á punto de provocar una crisis, como diria un hombre y un hombre político, está ya todo dispuesto para reanudar de un modo espléndido el hilo de sus interrumpidas tareas, tan luego como se reciba en esta capital la fausta nueva del nacimiento del régio yástago, que ha de colmar nuestros mas ardientes votos y los de la angusta Señora que, al título esclarecido de Reina, podrá en adelante añadir el dulcísimo y santo nombre de Madre.

Podéis iros preparando con tiempo, amigas mías, porque si bien la sorpresa será doblemente agradable, podria sin embargo, ocasionaros no leves disgustos, si tuvierais que ocurrir con precipitación á los infinitos detalles de un traje, ó á la difícil eleccion de un elegante adorno.

Nada notable podia pues retataros, y por lo tanto esperaba con ansiedad suma la llegada del *Moniteur*, para indicaros lo que de mas nuevo ofreciere la moda, con el fin de que lo aprovechariais en las fiestas que se preparan, pero llegó á mis manos el indicado periódico y mi última ilusión desvanecida como el humo, voló al panteon donde haci-

nadas yacen las infinitas ilusiones que una á una nos arrebató el frio ciego de los desengaños.

Contaba tambien deciros algo de la revolucion *bloomerista*, de esa revolucion *anti-sayal*, cuyo primer grito lanzado á orillas del Mississipi, habia resonado en las márgenes del nebuloso Tamesis y estremecido los malecones del cenagoso Sena con su tremebundo y prolongado eco. Muger conozco yo, cuya cabeza desvanecida por las deslumbradoras utopías de las ardientes apóstoles de la propaganda trasatlántica, tenia ya empuñado con la siniestra mano la ridícula oriflama que enarbolaron las nuevas amazonas de aquellas heroicas riberas y con la diestra el clarín vocinglero del combate, pronta á dar la señal fatídica y á arrojarle á la lucha, en su concepto, de los hombres tan temida. Todo estaba previsto; el traje era completo. Llevaba puestos unos calzones de su marido, un chaleco del idem y un gabán del susodicho. Un fieltro, tambien del cónyuge, al que habia coquetamente levantado el ala derecha, sujetándola con una presilla y adornado con dos plumas de gallo, símbolo de su futuro poderío, protegía y sombreaba su orgullosa y arrogante frente. Como pintaros la impaciencia con que aguardaba oír, recelándose á las curiosas miradas de sus domésticas, el fuerte campanillazo del atareado cartero! Solo puedo comparar sus mortales ansias, á las por mi misma padecidas por idéntica causa, si bien augurando contrario efecto.

Segun los partes oficiales, la revolucion, escarnecida en las plazas, silvada en los *meetings* y anatematizada por la prensa de todos los matices, ha sucumbido vergonzosamente no dejando otro recuerdo de su efímero chispazo, que un adjetivo mas en las modernas lenguas y una ridícula celebridad á las mal aconsejadas reformistas. La muger de que os he hablado, y á quien no quiero nombrar, por causas que vosotras apreciareis justamente, volvió á vestir resignada el traje femenino que tan bien le sienta y como en espacion de una falta que, solo en un momento de exaltacion febril pudo haber cometido, se ha impuesto el riguroso castigo de no llevar, mientras viva, prenda alguna que ni remotamente se asemeje á las que los hombres usan. Mucho habra de sufrir en su amor propio de muger, pero Dios se lo tomará en cuenta y la indemnizará en venturas lo que en admiradores pierda.

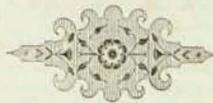
Y ahora, para que nada falte á este *pot-pourri* que, bajo el epigrafe de Salones os dedico, aunque de todo en él menos de salones os hable, voy á referiros lo ocurrido, pocos dias hace, á nuestra amiga Julia, la que tan buenos y variados artículos escribe en el Diario de avisos.

Es el caso que, en una de sus últimas revistas, al hablar de la conquista de Argel y para probar la insignificancia de la causa que provocó aquella sangrienta guerra, sostenida por los franceses con una constancia sin ejemplo en los modernos tiempos, hubo de deslizarse á su pluma una espresion que me permitireis no repita, si no deseais verme puesta en entredicho, pero que traducida quiere significar una *fruta de forma esférica, sabrosa al paladar y agradable á la vista*.

No faltó quien en aquella *fruta*, que por las mismas razones me abstengo de calificar, creyó ver un mundo de yo no sé que cosas, y amigas mías, al poco tiempo se desuelga con un articulazo con ribetes de calillarria contra la pobre, que yá, yá! Si á mi me sucede me muero de repente.

Pero nuestra amiga Julia que tiene un alma de buen temple y que sabe mas de lo que algunos quisieran que supiese, no se arredró; que es caso de eso! Enristra su bien cortada pluma y con mas ligereza que la que cualquiera de nosotras tiene para enebrear una aguja, zás, ensarta un articulito... pero... vaya que artículo! Estoy segura que el agresor se habrá chupado de gusto los dedos al leerlo. Os lo recomiendo, amigas mías, leedlo, y si no dáis por él un estrecho abrazo á nuestra amiga el dia que vayais á verla y no le decís que ha sabido defenderse con la misma maestría que hacerlo hubiera podido el mas hábil togado, en señal del pesar que me causareis, antepondré á mi nombre una preposicion francesa y dejaré en adelante de firmarme vuestra amiga.

«Consuelo.»



VARIEDADES.

Un marido original. — El doctor King, que fué obispo de Chichester, cuenta en su colección de anécdotas contemporáneas, el caso siguiente: Un conocido suyo llamado Howe dejó a su mujer el día de la boda, diciendo que se veía precisado a ir a la Torre a un asunto urgente. La desposada recibió un billete algunas horas después, en el cual la decía su marido que circunstancias imprevistas le obligaban a partir para Holanda, y que volvería dentro de tres semanas ó un mes. Pasaron cerca de diez y siete años y su mujer no supo de él.

Durante su pretendido viaje, Howe había ido a establecerse al extremo de la calle donde vivía su mujer, en casa de un carbonero, con nombre supuesto. Tres años después de su desaparición, dirigió su mujer una petición al parlamento a fin de que se nombrasen árbitros que arreglasen los asuntos de su marido, cuya suerte se ignoraba, y la asegurasen medios de subsistir. Howe siguió con mucha solicitud los pormenores y los progresos de aquel asunto que terminó conforme a los deseos de su mujer. Siete años después hizo conocimiento con el dueño de la casa situada enfrente de la de su esposa, y estrechó sus relaciones con él a fin de observar más de cerca a aquella, a quien seguía a la iglesia, a paseo, a todas partes en fin, de modo que apenas la perdía de vista. El mismo día en que se cumplían los diez y siete años de su casamiento se reunió con su mujer y vivió con ella como si nunca se hubiese separado, sin querer nunca decir a nadie el motivo de tan extraña conducta.

Los negros. — Los negros del Brasil cuentan su origen de este modo. Cuando hizo Dios al hombre, tuvo envidia Satanás, y quiso hacer un hombre de arcilla; pero como todo lo que toca al demonio se vuelve al punto negro, resolvió lavar su obra en las aguas del Jordán. Al aproximarse, se retiró el río, y el espíritu maligno no tuvo tiempo más que para colocar su hombre sobre la húmeda arena; esta es la razón de que los negros tengan casi blancas las plantas de los pies y las palmas de las manos, únicas partes que tocaron la arena. Irritado el demonio, dió a su criatura un puñetazo en medio del rostro, y por esto tienen la nariz aplastada, le tiró después del pelo, y el calor de su mano volvió crespas su cabellera.

Sutileza de un embajador. — El célebre monge de Saint-Gall, que escribió la vida de Carlo Magno refiere el hecho siguiente.

Un embajador enviado por el monarca franco a Constantinopla, fué convidado a comer con el emperador de Grecia, quien le puso en medio de todos los grandes de su corte. Entre otros manjares, pusieron sobre la mesa un pescado perfectamente condimentado. Entonces había una ley de la etiqueta bizantina que prohibía, bajo pena de la vida, el que los convidados a las mesas de los príncipes pudiesen volver el cuerpo de los animales que se presentaban en ellas. Ignorando el embajador esta ley, dió la vuelta al pescado que habían puesto delante de él. Al momento se levantaron todos los cortesanos, y pidieron al príncipe la aplicación de la ley. El emperador dijo al delincuente con las lágrimas en los ojos: — No puedo menos de entregarte al verdugo; pero no siendo la vida, pídemelo que quieras; y todo lo más sagrado te juro concedértelo. — El franco reflexionó algunos instantes; luego dijo al emperador en medio del silencio general: — Dispuesto a morir, no pido más que una gracia, y es que sean privados de la vista todos los que me han visto volver el pescado. —

El emperador, continua el monge de Saint-Gall, atemorizado con aquella súplica, juró por Cristo que no había visto el hecho, y que había pronunciado la sentencia por el dicho de los demás. La reina, a su vez, puso a la virgen María, madre de Dios, por testigo de que no había visto nada. En seguida todos los cortesanos, unos después de otros, hicieron iguales juramentos para librarse del peligro que les amenazaba. De este modo humilló el franco a la orgullosa Grecia, y volvió a su patria sano y salvo.

— El duque de Maine, niño aun, metía ruido jugando. El gran Condé que se hallaba en la misma pieza, se quejó de este ruido. « ¡Ojalá, le dijo el niño, que yo metiese tanto como vos! »

— Un veneciano que nunca había salido de Venecia y sus lagunas, y que por esta razón no debía ser buen jinete, montó por primera vez en un caballo regalado que no quería andar aunque le metiesen espuela. El veneciano sacó el pañuelo y dijo después de esponerle al viento: — No me extraña que el caballo no quiera andar; *il vento é contrario* (es contrario el viento.)

— El administrador del jardín de las plantas mandó a Buffon con un criado tonto dos brebas de un mérito extraordinario; El criado no pu-

do resistir la tentación y se comió una en el camino. Sabiendo Buffon que las brebas debían ser dos, preguntó al criado por la que faltaba. — Me la he comido, respondió este. — Como? exclamó Buffon. El criado tomó la breba que quedaba y contestó zampándose: — Así.

RECREACIONES.

I.

Porqué cuando hiela vemos las estrellas más resplandecientes?

II.

Letra la primera es,
segunda cual letra suena,
un adverbio es esta misma
seguida de la tercera.
La tercera es un adverbio
y en la música se encuentra;
citan la tercera y cuarta
en sus salmos los profetas,
y quien desperdicia el todo
no sabe lo que se pesca.

III.

Primera con *da*, se dá;
segunda con *ca*, está loca,
tercia con *ba* se disloca,
y es el todo mi mamá.

Solucion á las del número pasado.

I. — Porqué ordinariamente los que hacen alguna cosa de trabajo corporal cantan?

El alma racional naturalmente se deleita con la música, de aquí nace perder cuando la escucha, el sentimiento de lo que padece. Atiende a la armonía y olvida la pena.

Qué fuera del miserable herrero si de los golpes del martillo, no le resultaran consonancias, que le divirtieran su fatiga? Música propia que, sino la forma su garganta, la proporcionan sus manos. Qué fuera del infeliz zapatero que a cada puntada se pone en cruz, si cantando no aliviara la agonía de tantas cruces? Como se restituyera el pobre sastre a la estatura de hombre, habiéndola tenido todo el día abreviada a monton, sin forma, en el corto espacio de un banquillo, si la música que él se da a sí mismo, no le hubiera mitigado el dolor a su trabajo? Quien camina a pie y canta, no siente el peso de su cuerpo: la música propia lleva la mayor parte de aquella carga, tal cual se eleva. Ya parece que veo desconsolados a los que trabajan con el espíritu, creyendo que no pueden usar de este consuelo; pues no se aflijan. Música hay propia en el entendimiento, cuando él trabaja, él se entretiene. Quien discurre en algun negocio, que no se agrada con mucho, de lo que discurre? Quien piensa en algo que no se deleite con algo de lo que piensa? Quien escribe alguna cosa, que no recibe a ratos tan grande gusto con lo que escribe, que por solo él, sin más fin, pudiera haber tomado aquel trabajo? Todo esto es música propia, que se dá el alma a sí misma, por librarse de las congojas de los ejercicios. Mucho debemos a Dios, pues ya que hizo natural de todas nuestras obras el cansancio para las del cuerpo, nos puso tan a mano el alivio, como la voz, y para las del alma, de las mismas fatigas nos hizo consuelos.

Juan de Zabaleta.

II. — Rebaño.

III. — El amor de madre es santo
entre los santos amores.